

# Platero y el psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

JUAN Ramón Jiménez hijo de unos terratenientes andaluces, nació en el pueblecito de Moguer en la provincia de Huelva el 24 de diciembre de 1881. Desde niño prefería la compañía de los pájaros y animales desdeñando a los adultos. Ese amor hacia la naturaleza y la hermosura del agua del río Tinto que desemboca en la población, da una gran belleza al paisaje que el futuro poeta compartió con su padre.

A la edad de seis años Juan Ramón ingresó al colegio de los jesuitas en el Puerto de Santa María, posteriormente cursó el bachillerato en el Instituto Provincial de Jerez de la Frontera. Después pasó a Sevilla donde inició la carrera de Derecho, la cual abandonó al poco tiempo para dedicarse a la pintura.

Al finalizar el siglo XIX la vida literaria e intelectual de España se hallaba en plena ebullición derivada de la pérdida de las últimas colonias y el desmembramiento del viejo imperio. Por ello las mentes más distinguidas se dedicaron a descubrir las causas de la decadencia criticando las tradiciones y valores, con el objeto de levantar a una cultura estancada. El centro de este movimiento se emplazó en Madrid donde la Institución Libre de Enseñanza atrajo a su alrededor a un conjunto de escritores que incluían a Ortega y Gasset, Unamuno, Baroja, Azorín y Valle Inclán. El joven Juan Ramón Jiménez fue aceptado por esta agrupación que ha pasado a la historia como "la generación de 1898". Para lograrlo el futuro poeta se trasladó a Madrid y allí conoció primero a Rubén Darío, quien había aportado a sus rimas tonalidades sensuales llenas de simbolismo. Asimismo influyó en Juan Ramón su amistad con el escritor malagueño Salvador Rueda cuyo estilo se caracterizaba por su enorme exuberancia.

Fue así como en 1901 aparecieron dos libros de poesía de Juan Ramón Jiménez a los que intituló "Almas violeta" y "Ninfas". Desafortunadamente en éste su primer año en la capital de España sufrió el episodio de una psicosis con un cuadro de melancolía que hizo que el conocido psiquiatra y discípulo de Charcot, Luis de Símbarro lo internara en el Sanatorio del Rosario.

Aparentemente curado el poeta regresó a Moguer y a lo largo de siete años se emborrachó en la lectura de los clásicos españoles con la finalidad de desarrollar la que llamó "la música interior". Durante esta época Juan Ramón cabalgaba diariamente durante horas en su burrito a través de los campos hablándole sobre lo que veía y el ambiente que les rodeaba. El resultado fue un libro sin igual en la historia de la literatura: "Platero y yo", biografía lírica que recoge las impresiones del paisaje en las cuales siempre se encuentra el borrico mascando las flores o hiriéndose con una espina. Se describe cómo juega o asusta a los niños y la forma en la que gana una carrera recibiendo como premio una corona de perejil.

Para escribir la preciosa obra de apenas un centenar de páginas su autor requirió de cinco años, pero pronto fue recompensada su labor porque a los cinco años de publicado el libro en 1914, se le tradujo al italiano, francés, alemán, holandés y sueco, dando lugar a la fama de Juan Ramón Jiménez. Extrañamente la versión inglesa no se llevó a cabo hasta 1956.

Durante la estancia del poeta en Moguer su familia sostuvo un largo pleito jurídico contra el Banco de España que finalmente tuvo un desenlace funesto con la subasta pública de la mayoría de las propiedades que les pertenecían.

Juan Ramón decepcionado retornó a Madrid en 1912 y se hospeda por su amistad con Giner de los Ríos en la Residencia para estudiantes. Allí conoce a Zenobia Camprubí, muchacha rubia de origen hispano-americano de la cual se enamora perdidamente. Ella ya era conocida en el ambiente literario al haber traducido las obras del poeta hindú Rabindranath Tagore. Los padres de la joven no aprueban al soñador pretendiente, cuya familia había perdido la mayor parte de sus bienes y hacen que su hija regrese a Nueva York, pero Juan Ramón no quiere perderla y cruza el Atlántico con el objeto de vencer la resistencia, lo cual consigue finalmente casándose con ella. Para un hombre totalmente impráctico, Zenobia se convierte en secretaria, administradora y hasta chofer. Así pudo el escritor dedicarse por entero a escribir sin preocuparse de las cosas pragmáticas. La pareja recorrió en automóvil una buena parte de los Estados Unidos y compuso "Diario de un poeta recién casado" publicado en 1917.

Durante los años que siguieron Juan Ramón creó sin cesar completando más de 30 libros de poemas que provocaron por su originalidad las más variadas evaluaciones, más que nada por el predominio de un gran misticismo que los hacían oscuros. De cualquier manera el poeta influyó de forma marcada en la guía de los jóvenes Federico García Lorca, Jorge Guillén y Rafael Alberti. En 1920 fallece su padre, lo que ocasiona un terrible duelo y determina un período en el que no aparece ninguna de sus obras.

Al estallar la guerra civil española en el verano de 1936 el escritor y Zenobia permanecen en Madrid y construyen un refugio para niños que han sufrido la pérdida de sus padres. Pocos meses después el Gobierno Republicano lo envía como agregado cultural a Estados Unidos lo que inicia el peregrinaje de la pareja por América. Finalmente terminaron por establecerse en Puerto Rico, donde Juan Ramón volvió a presentar un episodio de melancolía, semejante al que padeció cincuenta años atrás. En esta ocasión lo trató el psicoanalista Fernández Marino, pero se requirió de un internamiento en un sanatorio de Washington.

Una vez recuperado en 1956 se le concedió el premio Nobel de Literatura pero no pudo asistir a la ceremonia porque recibió la fatal noticia de que Zenobia sufría de un carcinoma uterino inoperable, del cual falleció unos meses después. Juan Ramón ya nunca se recuperó de esta pérdida y pasó sus últimos días sin escribir una sola línea, permaneciendo sentado hablándole a un retrato de su compañera. Finalmente el 28 de mayo de 1958 falleció en San Juan de Puerto Rico.

Juan Ramón Jiménez constituye uno de los poetas más importantes en lengua castellana no sólo de su época, sino

de todos los tiempos y como tal influyó en las generaciones posteriores y en el también premio Nobel Vicente Aleixandre o en Pedro Garfias que viviera entre nosotros. Si en sus comienzos se adhirió al modernismo de moda, no tardó mucho en emprender su propio camino en la búsqueda de la pureza y la originalidad de expresión.

"Platero y yo" lleva por subtítulo "Elegía andaluza" y su autor dice en la dedicatoria: "A la memoria de Aguadilla pobre loca de la calle del Sol, que me mandaba flores y claveles". Juan Ramón nos advierte en el prólogo que se trata de un libro para niños, lo cual resulta totalmente falso, puesto que nos brinda una bellísima narración acerca de un simpatísimo burrito al que describe de la siguiente manera: "Platero es pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro. Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas las florecillas rosas, celestes y gualdas... lo llamo dulcemente: ¿Platero? y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal".

A continuación en 38 breves capítulos que constituyen una plétera de ingenio y ternura, el autor nos señala las andanzas del borrico, así como el ambiente que rodea al pueblo y los campos andaluces. En uno de los episodios más bellos tiene lugar un eclipse y Juan Ramón nos dice: "el sol deja el crepúsculo solo y pobre, como si hubiera cambiado onzas de cobre y plata". En el siguiente apartado Platero se refleja en el agua: "trotaba en el arroyo, pisa la luna y la hace pedazos".

Otra parábola llena de delicadeza se intitula "El moridero" y el autor le anuncia a Platero que no se preocupe porque si muere antes que él no irá al "carrillero del pregonero, ni al barranco del camino de los montes como los otros burros, como los caballos y los perros que no tienen quien los quiera. No serán descarnadas tus costillas por los cuervos", porque su dueño: "lo enterrará al pie de un pino grande y redondo en el huerto, donde estará al borde de la vida alegre y serena, donde los niños jugarán y las niñas coserán en sus bajas sillitas a tu lado".

En uno de los últimos capítulos el borrico muere y Juan Ramón lo describe así: "Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fui a él lo acaricié, hablándole y quise que se levantara... El pobre se removió todo bruscamente y dejó una mano arrodillada... no podía... Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié y mandé venir al médico pero éste dijo que se iba...".

Esta obra de honda espiritualidad hace que cuando muere el borrico se adueñe de nosotros la nostalgia y comulgamos con el autor que nos dice: "Platero amigo si estás en el prado del cielo y llevas sobre los lomos a los ángeles adolescentes ¿me habrás olvidado? y cual contestando una mariposa blanca se posó sobre la tumba".

## Aspectos psicológicos

Desde tiempo inmemorial el ser humano ha demostrado ambivalencia, o división de sus sentimientos en relación a los animales que le rodean. Por una parte los puede adorar convirtiéndolos en mascotas y por la otra odiarlos provocando su destrucción. Examinando el primer punto uno queda sorprendido por la enorme cantidad de tiempo que las sociedades primitivas dedicaron a la domesticación de las más variadas especies zoológicas. Así los egipcios presentaban lo que podríamos denominar una pasión positiva y lograron el entrenamiento de: primates, antilopes, panteras, hienas y hasta cocodrilos. Además resulta bien conocida la tradición hindú hacia las vacas sagradas, de tal manera que los pobladores prefirieron morir de hambre antes que alimentarse de ellas.

En contraste con la anterior existe la posición que adoptan los que cazan o pescan, quienes desprecian sus energías agresivas hacia animales en su mayoría inofensivos a los que matan sin el menor remordimiento. Asimismo a pesar de mi afición a las corridas de toros no puedo descartar aquí la crueldad que las rodea. Sin embargo, ninguna de estas acciones ha alcanzado el grado de sadismo de las ceremonias que se efectuaban en el Coliseo romano, donde en sólo dos días se sacrificaron: 1000 aves, 500 venados, 200 leones, 200 leopardos y 300 osos.

Logicamente tenemos que preguntarnos ¿cuál es el origen de esta ambivalencia? y la respuesta nos la da Sigmund Freud en "Totem y Tabú" que se publicará en 1913. De acuerdo con el psicoanalista la historia sucedió hace un centenar de siglos cuando el padre todavía vigoroso constituía el dueño y señor de la horda primitiva poseyendo un poder ilimitado que ejercía con violencia. Todas las mujeres le pertenecían ocasionando los celos y la envidia de los varones, a quienes se les mandaba matar o expulsaba de la tribu en caso de insubordinación. Un paso decisivo fue cuando los jóvenes se unieron y asesinaron al padre, al que devoraron después con el objeto de identificarse con él.

Esta pérdida condicionó el que la figura del progenitor generara culpa y se le substituyó por un animal sagrado al que se le rindió culto y se le denominó "Totem". La condición reiterativa del ser humano hizo que una vez al año se le sacrificara comiéndolo en una especie de banquete funeral que solía terminar en una fiesta desenfadada en la que solían romperse las reglas que restringían la sexualidad. Para detener estas orgías nació el "Tabú" contra la expresión del erotismo.

"Platero y yo" de Juan Ramón Jiménez nos muestra una historia llena de ternura hacia un burrito que como señalamos lo acompañó por años cuando el autor recorría los campos cercanos a Moguer. Este poeta sufría de una melancolía crónica que lo llevó a preferir la cercanía de los animales a la de los humanos. Es por ello que en muchas ocasiones encontramos pacientes que tratan agradablemente a los perros, pero odian a sus congéneres.

Antes de conocer a su esposa Juan Ramón Jiménez depositaba su afecto en el asno y por ello desarrolló esta bellísima narración llena de nostalgia y romanticismo, la cual provoca una profunda alegría cuando Platero cabalga alegremente por los prados y una emoción de terrible tristeza cuando aparece la muerte.